

LA SEGREGACIÓN SOCIO-ESPACIAL DE LAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE EN BOGOTÁ EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XXI

REPRESENTACIONES SOCIALES DE LA EXCLUSIÓN ESPACIAL

Juanita, Barrero Guzmán

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Recibido: 15 de marzo de 2022

Aceptado: 07 de junio de 2022

RESUMEN

El presente trabajo identifica elementos relacionados con la segregación socio-espacial de las personas en situación de calle de Bogotá entre 2012 y 2019, a partir del análisis de estudios sobre la ubicación geográfica y características de habitar el territorio de las personas desarrollados por la Alcaldía de Bogotá en 2015, el censo de habitantes de la calle realizado en 2017, y reportes sobre la intervención en el sector de mayor concentración de habitantes de la calle “el Bronx” en 2016, elaborados por universidades y organizaciones de la sociedad civil, así como etnografías locales sobre significación del espacio y de las rutinas cotidianas de personas en situación de calle. A partir de esos documentos, el trabajo propone que la segregación de las personas en situación de calle involucra dinámicas sociales y prácticas culturales como elementos fundamentales y, además, la voluntad de la persona como un elemento que produce su autosegregación, más allá de los aspectos que se han estudiado tradicionalmente como elementos constitutivos de la segregación espacial tales como proximidad o lejanía, accesibilidad, movilidad, infraestructura de bienes y servicios, mercado de vivienda, entre otros.

Palabras clave: segregación socio-espacial – personas en situación de calle – exclusión social – desigualdad – representaciones sociales

ABSTRACT

This paper identifies elements related to the socio-spatial segregation of homeless people in Bogotá between 2012 and 2019 based on the analysis of studies on the geographic

location and characteristics of inhabiting the territory of the people developed by the Mayor's Office of Bogotá, academics, universities and social organizations. Based on these documents, the paper proposes that the segregation of homeless people involves social dynamics and cultural practices as fundamental elements, and, in addition, the will of the person as an element that produces their self-segregation, beyond the aspects that have been studied as constitutive elements of spatial segregation such as proximity or distance, accessibility, mobility, infrastructure of goods and services, housing market, among others.

Keywords: Socio-spatial segregation – homeless people – social exclusion – inequality – social representations

INTRODUCCIÓN

La segregación espacial ha sido un fenómeno constante en las ciudades de América Latina como una expresión de desigualdad urbana (Dammert et al., 2019), con un desarrollo urbano determinado por la subordinación a modelos económicos que no favorecen la equidad en acceso a bienes y oportunidades, ni la participación de toda la población en las redes de intercambio social, económico, político y cultural (Reygadas, 2008).

Las corrientes de investigación sobre segregación espacial han abordado diferentes elementos para explicar cómo se produce y se mantiene, y cómo se “mapea” en la organización espacial de la ciudad. La construcción de “centros”, como aquellos lugares que son valorados social y económicamente, y “periferias” como aquellos que representan el opuesto, responden a factores económicos, políticos y simbólicos, y también a poca intervención estatal en esa dinámica de configuración, dejada fundamentalmente en manos del mercado inmobiliario y sus intereses privados desde que se dio la consolidación de grandes ciudades.

Ahora bien, en las ciudades latinoamericanas, existe una expresión extrema de la desigualdad, que consiste en la apropiación de ciertos espacios públicos urbanos por parte de personas en máximo grado de exclusión, quienes viven en ellos. ¿Puede analizarse la segregación, sin circunscribirla a un espacio geográfico fijo y consolidado con base en cualidades de desigualdad, y más bien en relación con una forma de habitar espacios móviles?

Esa pregunta se desarrolla en este documento mediante el análisis de cómo se configura la segregación espacial en Bogotá para las personas en situación de calle entre 2012 y 2019, período que comprende una etapa en que se dio importancia prioritaria a la intervención para su inclusión social entre 2012 y 2015 (culminó con la expedición de una política pública para estas personas en 2015), seguido de un período de señalamiento y estigmatización de la población por parte de la ciudadanía, con intervenciones gubernamentales en lógica de renovación urbana, recuperación de espacios públicos y operativos de control de delito, que generaron su dispersión por nuevos sectores de la ciudad entre 2016 y 2019.

Las etapas corresponden a dos gobiernos diferentes de la ciudad, con distintos énfasis y orientaciones de política hacia las personas excluidas, y por eso, permite contrastar la aproximación de la institucionalidad a las personas en situación de calle, en el período que abarca las dos administraciones (2012-2015/2016-2019), desde dos miradas distintas, una que entendía su exclusión como producto de una combinación de falta de oportunidades, de atención en salud, en particular en el tema de consumo y dependencia de sustancias psicoactivas, y desigualdad para ejercer derechos, y otra, centrada en la conflictividad que generaba su forma de habitar y sus dinámicas, para el desarrollo urbano y para el resto de la ciudadanía, lo cual permite, justamente por ese contraste, identificar los elementos que componen la segregación socio-espacial de las personas en situación de calle, aunque el propósito de este documento no es contrastar esas dos formas de intervención social, sino señalar elementos comunes en la forma de construir la segregación socio-espacial, y por eso se incluyen investigaciones y documentos oficiales producidos en los dos períodos de gobierno.

Ambos ciclos cuentan con una producción bibliográfica que permite analizar elementos relacionados con la forma en que se produce exclusión y se genera segregación espacial para la población en situación de calle, la cual incluye información cuantitativa, características demográficas y geográficas, y análisis críticos de las intervenciones que realizó la Administración de la ciudad hacia las personas en situación de calle, dando voz con entrevistas y datos etnográficos.

Las explicaciones sobre la presencia urbana de personas que habitan la calle de manera transitoria o permanente, plantean una tensión entre considerar la segregación como producto de fuerzas externas al ciudadano, y como resultado de una decisión del individuo que contribuye a construir esa situación. En la primera forma de ver la

segregación, se asume que las personas se adaptan de forma casi pasiva a una propuesta de organización urbana del espacio, determinada por un modelo económico y social de desarrollo, situación en la cual las prácticas sociales actualizan y reproducen los usos y valores determinados por el modelo; en la segunda, en cambio, prima una puesta en escena de representaciones sociales y prácticas culturales que determinan cómo se construye y distribuye el espacio, de acuerdo con una voluntad e intención.

De acuerdo con esta segunda mirada, que es la que desarrollará con mayor énfasis este trabajo, es posible que haya elementos culturales determinantes en la segregación que permitan darle atributos de espacios segregados, a lugares del anonimato como un puente, un parque o una vía pública. Aunque en las diferentes teorías de la segregación están presentes esos elementos culturales, el peso de las explicaciones ha recaído en otro tipo de componentes como la distribución de la tierra, la dinámica de los mercados del suelo, la consolidación de un modelo de sociedad desigual que se refleja en un espacio segregado, por ejemplo. Pero tal y como lo propone Di Virgilio (2018), las explicaciones para los fenómenos urbanos en las megaciudades del siglo XXI requieren nuevas formas de aproximación.

La situación de calle de algunas personas, permite el análisis que propongo porque pone en escena procesos sociales de diferenciar y apartar en espacios que son compartidos por grandes grupos de personas, de tránsito, de esparcimiento, o de intercambio social, en donde el peso fundamental de la representación social de la desigualdad y segregación espacial se otorga a elementos culturales altamente simbólicos (Waquant, 2001), que se sintetizan en una creencia bastante generalizada de que este grupo urbano vive en esas condiciones porque “quiere”, y además llegó a esa situación por voluntad propia, y por lo tanto es “culpable” de ella.

En consecuencia, también es necesario abordar y reconocer la importancia que tienen las representaciones sociales como la forma en que se construyen ideas compartidas para pensar y ordenar la realidad (Abric, 2001, pp. 15-16) y como guías para la acción (Abric, 2001, p. 13), en tanto orientan las acciones y las relaciones sociales, y en este sentido actúan como un sistema de precodificación de la realidad. Durkheim en sus lecciones de sociología (s/f, pp. 162-164), también se refiere a ellas cuando explica cómo funciona la conciencia colectiva en tanto sistema de regulación para definir la relación de los individuos entre sí, con sus distintas colectividades, y con el Estado.

La manifestación socio-espacial de las fronteras físicas y simbólicas es una representación social de cómo se concibe el afuera (exclusión) y el adentro (inclusión), concepción construida en el dinamismo de las prácticas sociales, es en ese sentido, en el que desarrollaré mi análisis de la pregunta sobre cómo se construye la segregación espacial en el caso de las personas en situación de calle en Bogotá entre 2012 y 2019, y también cuáles elementos de la desigualdad se expresan en esa segregación, qué tanta voluntad existe para generar la autosegregación a la que se han referido autores como Carman et al. (2013), teniendo en cuenta las variables que han definido los estudios cualitativos sobre la segregación (Cosacov, 2017), y también, cómo la voluntad determina la forma en que se articulan las personas en situación de calle en torno a las redes de intercambio político, social, económico y simbólico en la ciudad (García Canclini, 2004), y cómo se expresa esa articulación espacialmente en la conformación de un territorio.

En Colombia resulta novedoso establecer una interrelación entre la segregación espacial de la urbe y las prácticas de habitar la calle, desde una mirada articulada entre el análisis del uso del espacio, y de unos comportamientos y creencias propios de una forma de vida ligada a la más extrema exclusión puesta en escena como el habitar en la calle, aunque Correa (2007, pp. 45-46) ya se ha referido a *Habitats móviles, territorios itinerantes y semantización* del espacio fragmentado de la ciudad de Medellín por parte de las personas en situación de calle, lo señalaba como elemento del proceso de construir cierta identidad y pertenencia de grupo, pero no relacionado con una segregación espacial, sino de dotar a la calle con atributos de territorio.

Por este motivo considero pertinente establecer la relación que existe entre segregación espacial y prácticas sociales de la población que permanece en la calle de forma permanente, o transitoriamente, en la ciudad de Bogotá. El desarrollo del tema abordará las principales concepciones sobre segregación en América Latina y Colombia y sobre la población en situación de calle en Colombia; seguidamente se presentarán las características de esta población en Bogotá y de su “habitar” la calle con el análisis de los datos y fuentes secundarias disponibles; posteriormente se realizará el análisis de la relación entre los diferentes elementos que representan la segregación en el caso de este grupo urbano; finalmente se propondrán unas conclusiones.

LA SEGREGACIÓN SOCIO-ESPACIAL EN AMÉRICA LATINA

Existen varias explicaciones sobre la manera en la que se distribuye el espacio urbano. Las primeras surgieron en la primera mitad del siglo XX, cuando, como consecuencia de

la industrialización puesta en marcha en el siglo XIX, el crecimiento económico incidió en los procesos de concentración urbana. Los primeros estudios de la Escuela de Chicago abordaron la dinámica de distribución de la población sobre un espacio físico, partiendo de un enfoque ecológico, que identificaron la distancia, o la proximidad a la producción y al mercado como factores que generaban, o no, segregación (Park, 1999). Posteriormente otras teorías incluyeron el acceso a bienes y servicios como una variable importante en la generación de segregación urbana.

Según Di Virgilio (2018, en Segura, 2006), en América Latina los estudios sobre segregación han tenido dos tendencias, una de corte cuantitativo en donde se encuentran aquellos sobre expansión urbana y crecimiento poblacional, en los cuales se relaciona la ocupación del espacio con factores demográficos, y otros que relacionan la infraestructura de servicios y la viabilidad de la ciudad desde la accesibilidad. En la tendencia de corte cualitativo están los que se enfocan en la localización y la conformación de sectores de ciudad como resultados de procesos de fragmentación derivados de la forma en que se vive y se usa la ciudad, y aquellos que analizan las nuevas formas de segregación a partir de barreras físicas y simbólicas. Los estudios de carácter histórico tienen en cuenta tanto lo cuantitativo como lo cualitativo y explican la segregación como un resultado de factores propios del desarrollo de la ciudad en el tiempo.

Las teorías que definen la segregación como una combinación de múltiples factores (Di Virgilio, 2018, en Segura, 2006), sean de corte cualitativo (qué es y cómo se construye), o de corte cuantitativo (medir la segregación), aunque aportan elementos fundamentales sobre el fenómeno urbano, han analizado poco la voluntariedad como un factor a considerar para la configuración de la segregación, voluntariedad que incluso puede tener un valor positivo según Sabatini (2003) cuando se relaciona con aspectos identitarios. Dentro de los estudios de corte cualitativo se encuentran los que han venido ocupándose de cómo las dinámicas sociales y las prácticas culturales producen segregación que se puede considerar positiva, o negativa (Carman et al., 2013).

El análisis de la segregación en la forma de habitar la ciudad por parte de la población en situación de calle incluye la distribución desigual de grupos en el espacio y las formas de separar funciones y elementos socio-espaciales en escala –elementos propuestos para la fragmentación y movilidad urbana cotidiana–, así como las prácticas, relaciones y sentidos sociales, elementos de la segregación socio-espacial (Carman et al., 2013), por

tratarse de una forma de habitar en donde la residencia es un concepto muy diferente a la representación social tradicional, puesto que no consiste solamente en un espacio físico, sino que, prácticamente, la residencia viaja con la persona en la mayoría de los casos.

En Colombia, la concentración de la población en las ciudades se dio de una manera vertiginosa en la segunda mitad del siglo XX, producto de múltiples factores, algunos similares a los de los demás países latinoamericanos como la migración campo/ciudad en búsqueda de movilidad social relacionada con el crecimiento demográfico y una industrialización incipiente, algunos factores adicionales se relacionan con la violencia en el país que obligó al desplazamiento de las personas de las zonas rurales a las urbanas en búsqueda de seguridad. Para 1938, el 70% de la población colombiana vivía en el campo y el 30% en las ciudades. Al finalizar el siglo, la proporción se había invertido y tan solo el 30% de la población permanecía en la ruralidad (Rueda, 1999). Este crecimiento de las ciudades se dio al igual que en otros países, respondiendo a diversos intereses económico y políticos, y con poca intervención del Estado, de suerte que la conformación de las ciudades, su distribución espacial y la concentración de la población por zonas respondió a dinámicas económicas de mercado, y políticas de fortalecimiento de un sistema de clases (Puche, 2020).

SEGREGACIÓN ESPACIAL EN BOGOTÁ

En Bogotá, la capital del país que cuenta con tres veces más de población que la siguiente ciudad más densa del país, la segregación espacial ha sido un tema ampliamente estudiado por las ciencias sociales (Gutiérrez, 2014; Rubiano, 2017), el urbanismo (Higuera, 2016), y las administraciones de la ciudad (Secretaría Distrital de Planeación-SDP, 2012). Las conclusiones de estos estudios evidencian que el crecimiento demográfico y la expansión han conducido a un modelo altamente segmentado, segregado y desigual de ciudad, el cual ha respondido a intereses privados para establecer el uso y la explotación del suelo y la delimitación de las clases sociales (Uribe et al., 2006), y por lo tanto, con grandes desigualdades en la distribución y calidad de la infraestructura urbana de vivienda, movilidad, educación y esparcimiento.

Adicionalmente, la herramienta de planificación urbana (Ley Nacional N° 388/1997) el Plan de Ordenamiento Territorial (POT), según Gutiérrez (2014) ha contribuido a una mayor segmentación y fragmentación urbana, por los diversos tipos de intereses que participan en la puesta en marcha y contenidos de esos POT. A esto se suma el cobro estratificado de servicios públicos desde la década de 1980, que consiste en la

asignación de tarifas por estratos, en donde los más altos subsidian los más bajos, lo cual traza una línea simbólica y real entre los distintos grupos que habitan la ciudad, y reafirma aspectos que generan estigma y discriminación sobre ciertas zonas y poblaciones. La estratificación socioeconómica califica las viviendas de acuerdo con la calidad de su entorno urbano (Gutiérrez, 2014). Dentro de este orden estratificado, la población en situación de calle no tiene asignado un lugar porque no cuenta con una vivienda ligada a una zona específica de la ciudad, sino que hace uso del espacio público y de diferentes estrategias de cobijo en zonas públicas y privadas.

Estas características sugieren que la segregación espacial en el caso de estas personas, involucra muchos más elementos que tienen que ver con su forma de vida, por eso la importancia de los estudios sociológicos de corte cualitativo, que además de considerar el acceso a bienes y servicios como una variable que genera segregación adicionalmente a la distribución espacial y el mercado del suelo, tienen en cuenta las dinámicas y prácticas sociales que producen segregación (Carman et al., 2013), incluso aquellas que producen autosegregación como aspecto diferenciador y distanciador de afirmación identitaria (Sabatini, 2003), semejantes al carisma de grupo al que se refieren Elias y Scotson (1965).

Las personas en situación de calle y su forma de habitar, también han sido sujetos de variados estudios por parte de las ciencias sociales (Barrios et al., 2007; Correa, 2007), el derecho (Sierra y Carrillo, 2013) y las ciencias de la salud (Correa et al., 2012). En esos trabajos se ha establecido que su forma de vida es resultado de una extrema desigualdad y exclusión, de la negación de sus derechos civiles a la ciudadanía, o producto de factores de deterioro biológico por trastornos de salud relacionados con enfermedades mentales y consumo de sustancias psicoactivas, o incluso como una subcultura urbana, en un intento por afirmar una identidad construida por la vida en la calle (Correa, 2007).

Ahora bien, para desarrollar el tema de la segregación socio-espacial de las personas en situación de calle, me basaré en estudios sobre la ubicación geográfica y características de habitar el territorio de la población en situación de calle de Bogotá (georreferenciación) desarrollados por la Alcaldía de Bogotá en 2015, que permiten identificar las representaciones sociales desde el gobierno de la ciudad con relación a las personas y sus espacios de vida, balances de distintas formas de intervención hacia la población (sociales y en salud), el censo y caracterización de habitantes de la calle realizado por la Administración Local y el Departamento Administrativo Nacional de Estadística en 2017,

que presentan los resultados de un estudio que tiene la intención de caracterizar las personas desde unas preguntas que expresan la mirada del Gobierno, análisis de corte cualitativo resultantes de la intervención en el sector de mayor concentración de habitantes de la calle “el Bronx” en 2016, elaborados por universidades y organizaciones de la sociedad civil a raíz de una intervención del gobierno local, y estudios etnográficos locales sobre significación del espacio y de las rutinas cotidianas para personas en situación de calle.

El concepto de *habitus* presentado por Bordieu (1998) será el utilizado para desarrollar el análisis a partir del estudio de la interacción entre: a) prácticas sociales y creencias plasmadas en las respuestas a los instrumentos de recolección de información del censo, y en los estudios y etnografías sobre la intervención en el Bronx, y b) distribución, connotación y significado del espacio descripta en el estudio de georreferenciación de parches y cambuches¹ adelantado en la ciudad de Bogotá en el año 2015, y en los documentos enunciados.

El análisis relaciona las teorías sobre la distribución espacial a partir del ordenamiento físico, el uso del suelo, y las dinámicas de movilidad (Jirón y Mansilla, 2013) que han sido ampliamente estudiadas por la sociología y la antropología (Di Virgilio, 2019), con los comportamientos de apropiación de espacios públicos, para privatizar su uso en torno a actividades individuales y algunas de la vida íntima como dormir, por ejemplo, y la decisión o voluntad de la persona de vivir en la calle.

QUIÉNES SON LAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE DE BOGOTÁ

En Bogotá se identificaron 9.538 personas habitantes de la calle según el censo realizado en 2017 (Departamento Nacional de Estadística, DANE, 2017). Los resultados del censo evidencian que las dos principales razones que aducen las personas para haber optado por vivir en la calle son los conflictos y dificultades familiares y el consumo de sustancias psicoactivas, y en menor medida, una variedad de motivos que incluyen la sensación de libertad que genera la calle, y el hecho de no tener que rendir cuenta de sus actos a otras personas, y que la principal razón para mantenerse en ese espacio es el consumo de sustancias psicoactivas (el 82% de la población consume alguna sustancia legal o ilegal). El censo también señala que la mayoría de las personas llevan seis años o más viviendo

¹ En este estudio, los parches son definidos como espacios de socialización de las personas en situación de calle, aunque según autores como Castañeda et al. (2010). Los parches pueden hacer referencia a grupos, espacios y dinámicas. La palabra cambuche en Colombia se utiliza para designar una estructura improvisada con cualquier material como habitación transitoria o permanente.

en la calle, tiempo que permite el arraigo de una serie de prácticas, costumbres y creencias que, desde una mirada bourdieana del *habitus*, afincan una posición social desde la cual las personas interactúan con aquellos a quienes consideran sus pares, con quienes no consideran pares, y con los espacios que frecuentan.

En esas interacciones hay un alto componente de estigma hacia ellos por parte de las personas que no se encuentran en esa realidad, que se traduce en actitudes de rechazo y de exclusión como no dejarlos utilizar los sanitarios de los comercios, insultarlos y agredirlos de diferentes maneras, tal y como se refleja en las respuestas a las preguntas del censo, sobre si ha sido víctima de diversas situaciones que van de los golpes a los insultos, o sobre si su seguridad se ha visto afectada. Adicionalmente, también existe autoestigma, soportado en su representación social de quienes son ellos para los demás, como se evidencia en los testimonios de las personas reportados en el estudio de Correa (2012).

La población representa el 0,13% de las personas de la ciudad, la mayoría son hombres (88,9%), la mayoría se ubica entre los 20 y 45 años de edad, una cuarta parte de la población cuenta con educación básica secundaria completa, y solo un 5% no cuenta con escolaridad, casi el 40% de la población obtiene ingresos con lo que ellos denominan reciclaje, que consiste en recuperar material susceptible de ser transformado y reutilizado, y llevarlo a centros de acopio.

Los sectores de la ciudad donde habitan estas personas tienen las características identificadas para las zonas segregadas de la urbe, son lugares céntricos deteriorados, y lugares propicios para el “rebusque”, es decir, que permiten actividades informales para la supervivencia, en general, espacios que tienen atributos relacionados con desigualdad de acceso a bienes y servicios y consolidación residencial precaria y desigual (Di Virgilio, 2018).

Estos sectores están distribuidos en diecinueve de las veinte localidades de la ciudad, y comparten algunas características, sobre todo relacionadas con presencia de negocios que facilitan las actividades informales para generar ingresos, como plazas de mercado que tienen dinámicas que permiten desarrollar diversas actividades de forma anónima, informal y con pago por actividad,² existencia de lugares de venta, distribución y consumo

² Algunas de estas actividades consisten en cargar y descargar camiones, transportar mercados, “cuidar” vehículos, limpiar vidrios de vehículos, recuperar materia para reciclaje, obtener alimentos entre otras.

de sustancias psicoactivas ilegales denominados ollas³ (casi el 1% de la población censada admitió dedicarse a estas actividades, mientras que casi el 6% admitió que su fuente de recursos era el robo o atraco), y, también se ubican en sectores cercanos a los servicios que ha destinado la administración distrital para esta población (Alcaldía de Bogotá, 2015).

Cuadro N° 1. Características de la población en situación de calle

Lugar de proveniencia	59,1% nacidos en Bogotá	40,2% otro municipio	0,7% otro país
Lugar donde duerme	66% en algún espacio de la calle (andén, puente, separador, entre otros)	9,9% en un dormitorio transitorio (hotel, pagadiario, inquilinato, residencia, camarote)	23,9% en una institución
Autorreconocimie nto	93,8% ningún grupo étnico	4,9% negro, mulato, afrocolombiano	0,9% indígena
Ciudad o municipio donde empezaron a vivir en calle	89,3% Bogotá	10,3% otro municipio	0,1% otro país
Sectores donde la población lleva viviendo más de 6 años en la calle (porcentaje por sector)	77,5% centro histórico	75,6% centro de la ciudad en alto deterioro diferente a centro histórico	75,2% servicios y comercio próximo al centro de la ciudad
Principales razones que afectan su seguridad	57,1% abuso policial	24,3% problemas con grupos juveniles y comunidad	20,5% persecución por integrantes de una olla
Situaciones de las que han sido	36,5% insultos	34,9% amenazas, arma blanca disparos	24,6% golpes

³ En Colombia los lugares en donde se expende sustancias psicoactivas ilícitas se denominan “ollas”. Según el trabajo de Camacho y Rodríguez (2019), “son lugares de sociabilidad para las personas que las frecuentan” (Camacho y Rodríguez, 2019 p. 8)

víctimas			
----------	--	--	--

Fuente: censo DANE 2017.

CÓMO HABITAN EL ESPACIO LAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE

La Administración local ha categorizado la ocupación que hacen las personas en situación de calle de los espacios de la ciudad en dos formas de organización, una que se define en relación a la sociabilidad, los “parches”, y otra que se define por su función de lugar de habitación transitoria o permanente, sobre todo para dormir, los “cambuches” (Alcaldía de Bogotá, 2015). Estas formas de organización incorporan dinámicas vinculadas con el trabajo, la recreación, la mendicidad, el consumo de sustancias psicoactivas, la “vivienda”, aunque los cambuches tienen mucho más la última función.

Es decir que la Administración local reconoce que el habitar implica unas dinámicas sociales y unas espaciales, ya que en Colombia el “parche” se refiere al lugar de reunión de jóvenes, o al mismo grupo de jóvenes, aunque no se circunscribe exclusivamente a los jóvenes cuando se utiliza en la cotidianidad, también implica una actividad, y también tiene algunas referencias al consumo de sustancias psicoactivas. Según Castañeda L. et al. (2010, pp. 182-183), la palabra parche puede tener al menos ocho acepciones, y ser recategorizada con nuevas; estas acepciones se refieren tanto a actividades, como características y grupos.

El cambuche, en cambio, hace referencia a una estructura temporal de vivienda improvisada hecha con materiales perecederos la mayoría de las veces. Los cambuches son una evidencia urbana tangible de cómo este grupo se ha ido apropiando del espacio considerado público. De acuerdo con el estudio de la Alcaldía de Bogotá, estas estructuras tienen una duración que varía entre días hasta diez años; cerca de la tercera parte de los que se han georreferenciado tiene un tiempo de permanencia de más de tres años, es decir que estas formas de habitar son sobre todo móviles (Alcaldía de Bogotá, 2015, p. 41).

Los cambuches se construyen con diversos tipos de materiales. Los que son de carácter transitorio privilegian el cartón, los plásticos, las cobijas y telas, mientras que los que tienen un carácter más permanente se hacen con tablas, tejas y plásticos (Alcaldía de

Bogotá, 2015). Solamente una quinta parte de estas estructuras tiene esta última característica.

Fotografía N° 1. Cambuche transitorio sector canal de Fucha



Fuente: Noticias RCN. Canal Fucha, uno de los puntos con más cambuches en Bogotá, consultada el 22 de mayo de 2020.

Fotografía N° 2. Cambuches de carácter más permanente en el centro de Bogotá



Fuente: https://www.eltiempo.com/Multimedia/galeria_fotos/bogot6/GALERIAFOTOS-WEB-PLANTILLA_GALERIA_FOTOS-12605501.html, consultada junio 20 de 2020.

Con relación a los lugares más utilizados para su instalación, los andenes (aceras) constituyen el principal lugar; los separadores viales, el segundo, y los puentes vehiculares, el tercero. Los espacios menos usados son humedales y edificaciones abandonadas; no obstante, el 31% de los cambuches se ubican sobre la estructura ecológica principal de la ciudad, incluidos los parques, con cerca del 10% de presencia en esas zonas (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2015, p. 48).

En cuanto al “uso” cotidiano que las personas en situación de calle dan a los cambuches, el 88% refirió un uso para vivienda y mixto, y tan solo un 4% refirió un uso cotidiano exclusivo para consumo de sustancias psicoactivas.

ATRIBUTOS QUE SE DAN AL HABITAR DE LA POBLACIÓN EN SITUACIÓN DE CALLE

Vivir llevando el hogar a cuestas implica que la identidad densa⁴ de esa casa acompaña a la persona en su trasegar por la ciudad, por cuanto el hogar tiene al menos cuatro dimensiones según Meert (2005, en Costa, 2010), una física de espacio para habitar, una legal de tenencia de ese espacio, una social de relaciones de grupo que se considera familia, y una de bienestar emocional relacionada con protección.

Esto quiere decir que el espacio que apropian las personas en situación de calle para montar su cambuche, o que frecuentan para dormir o “parchar”, generalmente en una infraestructura considerada como espacio público, adquiere connotaciones de desigualdad, exclusión y segregación, puesto que la persona y su hogar conforman una unidad en ese espacio, y ese hecho social fortalece la asociación que hacen las demás personas entre la situación de exclusión en que se encuentra la persona y su forma de habitar un espacio que no es habitable. Por ejemplo, no es lo mismo una banca de un parque utilizada por una persona en situación de calle para dormir, que la que permanece allí inerte para el uso de cualquier ciudadano. Una vez que la banca es utilizada por la persona en situación de calle, se convierte en un espacio segregado. Se desarrollan unas prácticas de distanciamiento social hacia la persona, y el espacio que ocupa dentro de la infraestructura.

Ahora bien, en esa vida itinerante, la manera de reafirmar la ocupación social, entendida como el lugar que se asigna a las personas por acuerdo colectivo dentro de la estructura social y que define unas dinámicas de interacción (Castells, 1986), esta intrínsecamente relacionada con prácticas y comportamientos que se desarrollan en espacios del anonimato como vías públicas y parques. En ese sentido, el lugar geográfico en el que se ubica la persona tiene dos atributos que generan valoración social, por un lado, la zona de la ciudad en la que se ubican (zonas deterioradas con cambuches numerosos y más permanentes), y, por otro lado, el de ser un espacio de uso público no habitable,

⁴ La identidad densa es como se describe el sentido y significado de un objeto, de acuerdo con su representación social, y que se compone de capas en función de las distintas dimensiones en las que se desarrolla la vida social y que le confieren una connotación específica (Arturo y Muñoz, 2003).

usualmente al aire libre (parques, alamedas, rondas de ríos, bajos de puentes), o con una infraestructura de fácil acceso.

Es decir que la representación social (Abric, 2001) de las personas en situación de calle que se ubican de manera permanente en esos espacios públicos, que son para ciertas actividades que se realizan públicamente como las de recreación y movilidad, pero que no se relacionan con actividades privadas como el habitar, contiene elementos centrales relacionados con a) su permanencia en espacios de anonimato, es decir espacios que tienen fundamentalmente un carácter público para encuentros breves entre desconocidos, y que permiten anonimato porque no tienen barreras de acceso y pueden ser utilizados por cualquier persona, cuya clasificación no corresponde a criterios socioeconómicos como es el caso de los espacios que sí son para habitar (por ejemplo, al otorgarles un estrato socioeconómico), y b) su apariencia que contraviene los cánones sociales con los cuales se representa la inclusión y aceptación de las personas en la estructura social, caracterizada por falta de limpieza, desaliño, desarrollo de prácticas que se consideran privadas en el espacio público, comportamientos que se salen de los parámetros que se consideran aceptables, entre otras.

Esas prácticas sociales son defendidas por las personas en situación de calle, como aspectos que hacen parte de su opción de vida, y que les generan otro tipo de articulación social con grupos en donde sus comportamientos no son considerados extraños como han señalado en sus trabajos Barrios (2007), Correa (2007) y Tovar (2017).

ATRIBUTOS DEL HABITAR LA CALLE SEGÚN QUIENES ESTÁN EN SITUACIÓN DE CALLE

Para las personas en situación de calle, la calle no es solo un espacio físico, es una construcción que combina una temporalidad definida por la rutina cotidiana, una espacialidad ligada al anonimato, es decir que el espacio se construye en torno a sus funciones en la vida de la persona (trabajo, socialización, mendicidad, consumo de sustancias psicoactivas) y en ese sentido, “la calle” es un escenario que se reproduce en diferentes zonas de la ciudad que cuentan con atributos de función que responden a las necesidades de las personas en situación de calle, y también es una red de interacciones que otorgan su sentido y significado.

La calle es “experiencia de vida que se territorializa no solamente en el espacio público, sino en una red de espacios diversos (públicos, privados, familiares, institucionales) que es construida por cada una de las personas a partir de su propia trayectoria vital” (Camacho y Rodríguez, 2019, p. 2).

La calle son espacios, tiempos e interacciones, y por tanto los elementos que tienen que ver con este escenario no están determinados por una valoración de la zona de ubicación geográfica donde se concentra población en la ciudad, como para el resto de los habitantes, sino por lo que pasa en ella.

Quando estas personas se refieren a la “calle”, incluyen una diversidad de prácticas, aprendizajes, personas y espacios en el sentido que le dan a esta palabra [...]nos hablaba de un conjunto de lugares en donde se incluían espacios públicos, ollas algunas residencias en los alrededores de las ollas donde ella podía pagar un cuarto, o algunas casas donde ella conocía personas que le permitirían dormir, bañarse y consumir drogas (Camacho y Rodríguez, 2019, p. 9).

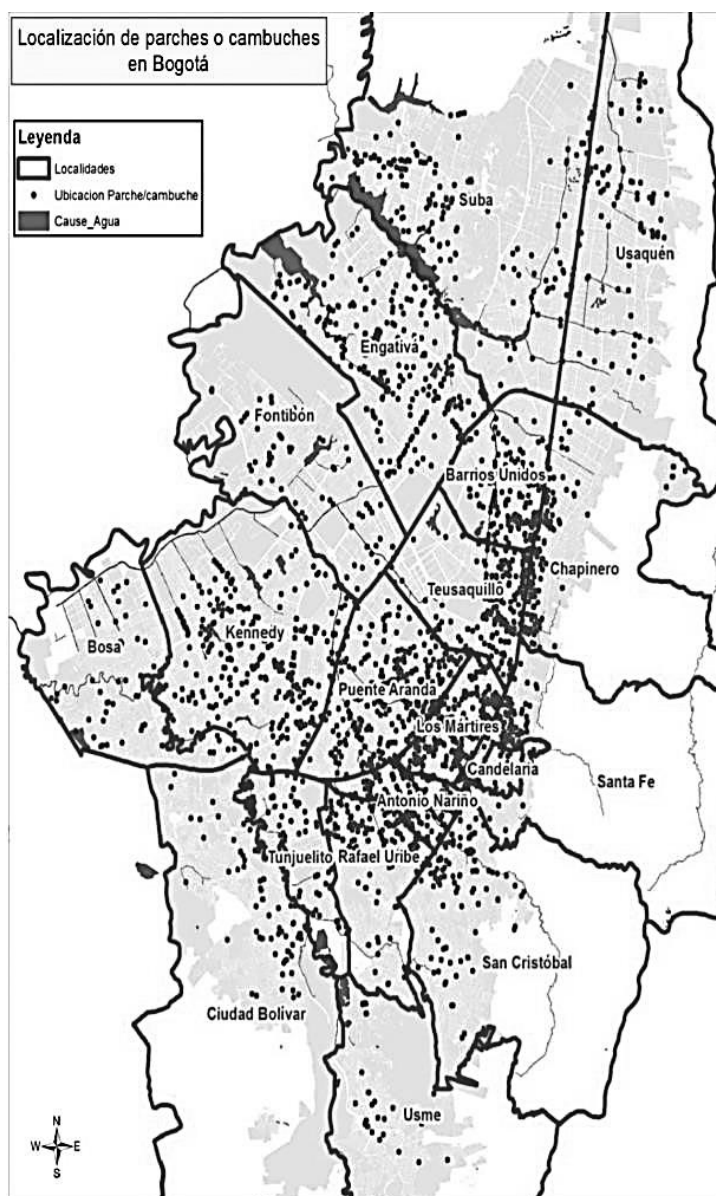
En esos casos, el criterio de ubicación de las zonas no es el mismo del resto de la sociedad para el asiento de sus residencias. Como lo han manifestado diversos autores latinoamericanos que han analizado la segregación y la fragmentación urbana, los elementos constitutivos para desarrollar las explicaciones frente a la concentración y usos de las ciudades por sus pobladores son la concentración espacial, la separación espacial (Sabatini, 2003), la distribución de los espacios, las formas de separar funciones y elementos socio-espaciales (Di Virgilio, 2018), la temporalidad y la interacción entre fragmentos (Jirón y Mansilla, 2014), y las prácticas, relaciones y sentidos sociales (Carman et al., 2013). En el caso de la población en situación de calle, la segregación parte de estos últimos atributos definidos por Carman Vieira da Cunha y Segura (2013), para configurar los demás elementos, como se ha podido ver en los ejemplos brindados por la etnografía; no obstante, los datos cuantitativos también nos brindan la posibilidad de nutrir este argumento, como explicaré a continuación.

De acuerdo con el estudio de parches y cambuches llevado a cabo en el año 2015 por la Alcaldía de Bogotá, la distribución de estos grupos de personas en situación de calle y de las estructuras transitorias que utilizan para vivir, se da en las diecinueve localidades⁵ urbanas de la ciudad como se puede evidenciar en el mapa 1, correspondiente al año

⁵ Las localidades son las unidades administrativas en que se divide la ciudad.

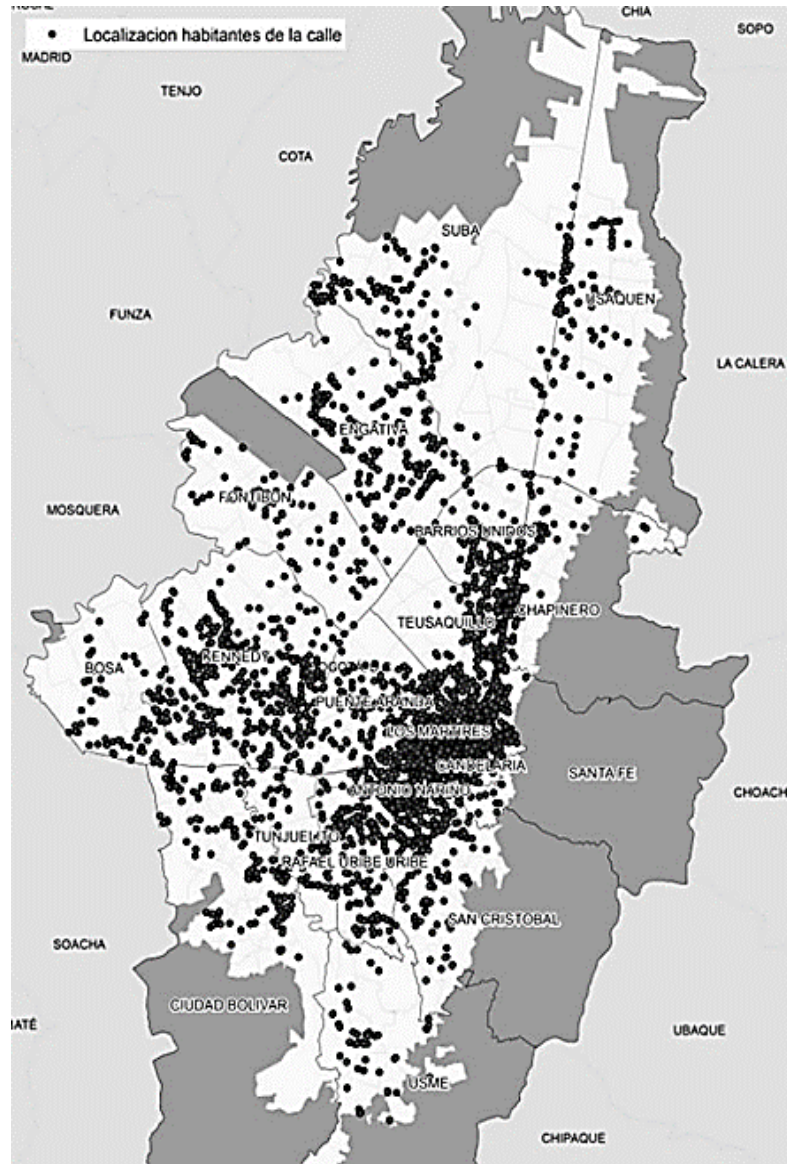
2015 (Bogotá tiene una localidad exclusivamente rural y diecinueve urbanas, algunas de ellas con zonas rurales), en sectores que permiten las funciones y dinámicas propias de la vida en calle, y de acuerdo con el censo realizado en 2017, se confirma que las personas en situación de calle continúan teniendo presencia en las diecinueve localidades urbanas.

Mapa N° 1. Ubicación de parches y cambuches (2015)



Tomado de Análisis Distribución y Caracterización Habitantes en Parches y Cambuches 2015, p. 33.

Mapa N° 2. Ubicación de las personas habitantes de la calle (2017)



Tomado de censo DANE 2017.

En ambos estudios se identifica el sector del centro y centro ampliado de la ciudad como la zona con mayor densidad de personas en 2015 y en 2017. En esta zona se pueden encontrar varias áreas con las funcionalidades que constituyen la vida en calle: tránsito de muchas personas de forma cotidiana a quienes pedir dinero, zona de comercio y distintos servicios de donde obtener material para reciclar y puntos de acopio para venderlo, comida, zonas propicias para el montaje de cambuches, y sectores de expendio de sustancias psicoactivas.

La característica de Bogotá como una ciudad constituida por fragmentos de espacios y poblaciones, al igual que otras ciudades latinoamericanas como propone Sabatini (2003), permite que esos sectores existan en localidades que cuentan con estratos socioeconómicos del uno al seis, siendo el uno el que engloba viviendas con mayor precariedad de estructuras, servicios y condiciones del entorno, y el seis el que cuenta con las mejores condiciones. Por ejemplo, Chapinero, Usaquén y Suba cuentan con sectores de estratificación seis (solo esas tres localidades de la ciudad tienen estratificación de ese nivel), mientras que Teusaquillo y Barrios Unidos cuentan con estratificación tres, cuatro y cinco, y Mártires, Santafé, Antonio Nariño y Puente Aranda cuentan con estratificación dos y tres, y sectores de estrato uno principalmente por tener bienes de interés patrimonial e histórico, las localidades hacia el sur oriente y sur occidente también cuentan con estratificación de uno a tres.

Esto quiere decir, que el sector de mayor desigualdad socioeconómica es el norte de la ciudad, en donde existen fragmentos socioeconómicos de los dos extremos en tres localidades, y en el resto de la ciudad hay menos extrapolación de niveles socioeconómicos, pero en todas se presenta pobreza, y en todas hay presencia de personas en situación de calle y de cambuches.

REPRESENTACIÓN DE LA SEGREGACIÓN Y SITUACIÓN DE CALLE

La información anterior afianza la propuesta de que la lógica de la segregación hacia las personas en situación de calle, y los espacios en los que desarrollan su cotidianidad se cimienta en las representaciones sociales que se tiene de ella por parte del resto de la sociedad, y que por ello depende de cómo se apropian y adaptan a los espacios de la ciudad, más que a los atributos del espacio mismo, ya que pueden ser espacios deteriorados como las zonas aledañas a un expendio de sustancias psicoactivas, pero también pueden ser infraestructuras dotacionales asépticas y nuevas para esparcimiento, recreación o movilidad, y ubicadas en cualquier lugar de la ciudad.

En los primeros espacios (deteriorados) puede existir una mirada previa estigmatizadora hacia el lugar como peligroso y frecuentado por “drogadictos”, aunque algunos de estos sean personas que vivan en sectores de prestigio en la ciudad y frecuenten una “olla” durante el fin de semana (situación que evidenció el desalojo del Bronx); pero en el segundo caso (lugares considerados espacios públicos), la representación social de la segregación de las personas en situación de calle, por parte del Gobierno y del resto de la ciudadanía, está íntimamente ligada con la forma de vida de la persona, que puede señalar la máxima pobreza, y al mismo tiempo la máxima despreocupación de sí misma, lo que en Bogotá se conoce coloquialmente como “dejadez”, en el sentido de olvido de sí.

Este campo de las representaciones es muy poderoso en la creación del estigma y los sistemas de discriminación a los que este da lugar (Goffman, 2009), como ilustra la siguiente descripción etnográfica en el desalojo del Bronx en 2016.

se observó cómo desde las ventanas de los buses de Transmilenio que pasan al lado del caño las personas les gritan insultos o frases como *Se lo merecen por ladrones y drogadictos*, así como desde las calles aledañas y desde la misma estación de Transmilenio (CPAT, PARCES, Universidad de Los Andes, 2017, p. 53, énfasis propio).

que la orden de detenerlos aparte de que los sacaran era que darles maltrato hasta diciembre supuestamente de este año que pasó, que para que se aburrieran y se fueran pa’ las casas o yo no sé pa’ donde, o para otro lado. Pero de maltrato, eso era todos los días, todos los días dos o tres veces al día (Entrevista semiestructurada, 8 de febrero 2017, CPAT, PARCES, Universidad de Los Andes, 2017, p. 56).

Ahora bien, cómo se construye un lugar físico a partir de dinámica de vida social cotidiana y sus dimensiones, puede identificarse en el siguiente comentario de una persona a raíz del desalojo de la zona que más población en situación de calle tenía en el año 2016. “No nos dejan salir del caño y nos empiezan a tirar gases para que nos movamos del lugar. Lo único que pedimos es *un espacio de la ciudad* en donde podamos reubicarnos” (testimonio, 31 de agosto 2016; Tovar, 2017, p. 54, énfasis propio).

O en las entrevistas realizadas en la que se indagaba por su preferencia de vida en la calle, buscando entender la interacción entre las prácticas de las personas en situación de calle y la institucionalidad. Allí se identifica que el escenario va con la persona:

sin embargo sus expresiones reflejan muy poco interés por volver allí. Enuncia que “de acá a nosotros nos quieren llevar al Bacatá,⁶ pero no es que con eso no nos dejan entrar, [señala el cambuche]. Son las cobijitas con las que nos acostamos en el piso y todo y recuerditos por ahí que a nosotros nos gusta guardar (Entrevista, 2018; Díaz, 2018, p. 106).

yo vivo con mi esposa en nuestro carro, no somos viciosos, trabajamos en reciclaje, nosotros tenemos familia y nos dicen ¡vengan y viven con nosotros!, pero a nosotros no nos gusta molestar y estar ahí de arrimados (Registro de campo; Báez et al., 2013, p. 11, énfasis propio).

Ahora bien, existe un elemento adicional a las prácticas e interacciones, al que aluden Carman et al. (2013), que son los sentidos sociales, los cuales podemos ver expresados en los siguientes testimonios:

es diferente ser habitante de la calle a estar en situación de calle, es diferente, porque mucha gente confunde eso, entonces piensan que los indígenas Embera Katio son habitantes de calle, ¡no!, ellos pagan un hotel y todo y tienen ese concepto y es cultural que sus mujeres produzcan el dinero no los hombres (...) no son de la calle *porque ellos no duermen en la calle* (Registro de campo) *yo duermo en la calle y todo, pero yo no soy de la calle* (Báez et al., 2013, p. 11, énfasis propio).

el habitante de calle está condenado a ser prácticamente habitante de calle toda la vida. Es decir, el que coge la calle, muy difícilmente sale de la calle. Yo fui habitante de calle hace 17 años, 18 años, logré parar esa habitabilidad de calle, logré cambiar un poquito, pero nuevamente las condiciones económicas y sociales y la edad, y todo y la soledad y mis condiciones me están obligando nuevamente a ser un habitante de calle. Que yo entonces recurra a otra serie de estamentos para no vivir en la calle pues ya son recursos míos, pero yo prácticamente soy otra vez una habitante de calle más (Roberto, entrevista, 2017; Díaz, 2018, p. 99).

Dentro de estos sentidos sociales también existe un factor importante que debe tenerse en cuenta, así los datos evidencien los motivos que llevan a las personas a vivir en la

⁶ Centro de atención con mayor oferta de cupos ubicado en el centro de la ciudad, cerca de las zonas donde permanecen más personas concentradas en ese sector de la ciudad.

calle como “problemas sociales” difícilmente cuestionables (violencias y consumo de sustancias psicoactivas), aproximadamente un 15% lo hizo por motivos que no tienen una valoración negativa, como por gusto personal, por relación con personas de la calle, o porque siempre ha vivido en ella. Es importante también tener en cuenta que cerca del 10% de la población no consume sustancias psicoactivas y que la calle es un espacio que tradicionalmente ha albergado a las personas que tienen dificultades para asumir los parámetros socialmente establecidos (Quintero, 2008).

Con esto quiero decir que no se puede asumir que optar por una vida en la calle sea producto de situaciones indeseadas para todas las personas que habitan la ciudad de esa manera. Prueba de ello es que la población también atribuye al escenario calle, connotaciones particulares relacionadas con sensación de libertad entendida como “hacer lo que se quiera sin que nadie moleste por eso”, con “ser aceptado por sus iguales”, y con desarrollar “solo vínculos que se quieran tener”, por ejemplo. Existen entonces elementos de la segregación que se relacionan con la voluntad de las personas para asentarse en los espacios públicos, por la sensación de libertad y posibilidad de vida sin las mismas reglas que han acordado la mayoría, así como con reafirmar su opción de vida y su diferencia con la expectativa de vida socialmente acordada.

No se puede desconocer que para algunos también es la posibilidad de vivir en el anonimato, lejos de la culpa por no cumplir con las expectativas sociales o de sus familias, pudiendo vivir una vida que no es la socialmente aceptada, pero que fue la que adoptaron por las diversas situaciones presentes en su trayectoria de vida, incluso es la posibilidad de evadir situaciones de ilegalidad y delito de manera exitosa.

Yo me vine pa' la calle en la era del ochenta. Tenía por ahí yo, 25, 26, años cuando me vine pa' la calle... Las razones por las que llegué este mundo fué porque me conseguí unas culebras. Yo fui una persona que en mi casa hizo daño, vengo de una familia humilde. Le robaba a mi papá, le robaba a mi mamá. Había uno en el barrio que me empezaba a amenazar con decirle a mi mamá que yo consumía, entonces le metí dos puñaladas y me tuve que abrir del barrio, los milicianos me encendieron a chumbimba y yo me metí a una cañada y... nunca más volví. ...me vine para el Centro a pie, y a partir de eso me metí en la vida de la calle, a mí me gusta la vida de la calle (H de C1; Correa, 2012, p. 108).

Finalmente, hay una construcción de identidad de la persona que se expresa de manera visible en sus prácticas cotidianas porque, a diferencia de los demás, los atributos de público y privado no están sujetos a un interior y un exterior físico, sino que se demarcan por usos y prácticas, como lo sugiere Correa en sus estudios en la ciudad de Medellín (2007), al señalar esas prácticas como parte de la identidad de grupo, por ejemplo, el hacer sus necesidades fisiológicas frente a otros, es bastante frecuente; en cambio, para las relaciones sexuales no necesariamente funciona de la misma manera. Otro ejemplo es el de dormir de vez en cuando en instituciones; esa práctica solo la reportaron quienes viven en el centro de la ciudad, en las localidades de periferia no la reportaron (DANE, 2017).

También se puede evidenciar en los siguientes testimonios brindados por algunos de ellos:

Este es el infierno, si existe algún infierno es este, pero así me ofrecieran el cielo yo prefiero quedarme en este infierno, por lo menos aquí se goza. Esto es muy duro, sin embargo, pues uno ha querido que todo sea así y lo grave es que uno no va a hacer nada para cambiar (Registro de campo; Báez et al., 2013, p. 12).

Tanto en el estudio de Báez et al. (2013), como en el de Camacho y Rodríguez (2019) se reconoce que los sujetos no son receptores pasivos de una serie de situaciones que los han ubicado en condición subalterna y que les imposibilitan cambiarla; ambos estudios reconocen que las personas también deciden no cambiarla y deciden que es la forma en la que quieren vivir:

Entre otros hallazgos, se encuentra que la imagen, tan cuestionada en el sujeto que habita en la calle –porque ante los ojos del otro aparece como imagen deteriorada y descuidada–, no se asume de esta manera para ellos [...] “es que yo soy bien pintoso, soy el más pintoso de la familia, a mí siempre me lo han dicho”, y otro comenta: “Míreme, semejante percha que me gasto, mis bufandas, la chaquetica, el gorrito, el aretico y que tal, ¿bacano o no?” (Báez et al., 2013, p. 12).

El análisis de este diálogo nos permite reflexionar sobre la importancia de pensar a las personas en situación de calle como sujetos activos de su propia realidad y no como sujetos pasivos, tal como son considerados de manera recurrente en contextos institucionales (Camacho y Rodríguez, 2019, p. 3).

DOS MIRADAS DE LA REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA SEGREGACIÓN

Vemos, entonces, que la mayoría de los componentes de las representaciones sociales que tienen las personas en situación de calle sobre su habitar, y los que tienen el resto de la población y la institucionalidad sobre esa misma dinámica son distintos. Para las personas en situación de calle hay una sensación de bienestar generada al convivir y compartir espacialmente con quienes se consideran iguales, versus quienes no lo son, y desarrollan prácticas, interacciones y sentidos para que el espacio refleje esa sensación, por ejemplo, al otorgar funcionalidades a los espacios compartidos de acuerdo con las necesidades de sus habitantes.

Así, un parque es el lugar transitorio de vivienda de una persona y una banca parte de su cambuche, en tanto que para el resto de la sociedad un parque es algo “no habitable” porque el espacio habitable es cerrado, seguro y cuenta con los servicios requeridos para ello. De hecho, las encuestas de calidad de vida incluyen los materiales en los que están hechos los lugares de residencia como parte de los atributos a evaluar.

En Colombia, los habitantes de la calle no se incluyen en esas encuestas puesto que el criterio para aplicarlas es el hacer parte de un hogar, tanto para el sistema de identificación de servicios para población sujeto de políticas de focalización, como para el cálculo de las personas en pobreza extrema. Por este motivo, la representación social de la desigualdad, la exclusión y la segregación sociocultural hacia estas personas difiere de las categorías tradicionales, y como lo he venido sosteniendo, se soporta en prácticas culturales e interacciones, que en el caso de la población en calle son altamente performativas y francamente confrontadoras de las normas sociales.

**Cuadro N° 2. Componentes de las representaciones sociales sobre los escenarios “habitados”
por la población en situación de calle**

Para la población en situación de calle	Para el resto de la población
---	-------------------------------

Es “habitabile”	No es para la habitación porque no cuenta con esos atributos
Es dinámico y móvil	Es fijo y ubicable geográficamente
Permite desarrollar las actividades propias de su forma de vida	Es anónimo: son vías, puentes, canales, parques
Su conformación responde a prácticas, interacciones y sentidos compartidos	No está articulado a la lógica de estratificación de la ciudad
No está articulado a la lógica de la estratificación de la ciudad	Es una zona que se relaciona con miedo, suciedad y valores contrarios a los socialmente compartidos y aceptados
Ligado con su identidad	Las personas que están en esas zonas de cierta forma merecen estar allí
Permite un anonimato de la persona que se valora como positivo	

Fuente: Elaboración propia.

El elemento que comparten, “el que esos escenarios no están articulados a la lógica de estratificación de la ciudad”, es clave para entender cómo se produce la segregación hacia las personas, ya que definitivamente no se cimienta sobre la estratificación social, como si pasa para el resto de la sociedad, sino en aspectos mucho más relacionados con interacciones y prácticas. De hecho, esos escenarios pueden reproducirse en diversos sectores de la ciudad, ubicados en estratos altos, bajos o medios, y ese factor no incide en que cambie la percepción hacia las personas, es decir, no hay una lógica que atribuya características distintas a los habitantes de la calle que circulan en los parques en sectores privilegiados (que no son muchos), a los habitantes de la calle que circulan en los parques de sectores pobres (que tampoco son muchos). En el primer caso, porque hay barreras físicas, actitudinales y pragmáticas que no les permiten sino circular (no hay oportunidad para establecer cambuches), y en el segundo, porque no es el espacio en sí, sino su funcionalidad mixta lo que le da atributo de habitable, es decir, el que favorece el montaje del cambuche, si permite mendigar, socializar, reciclar y consumir, puede ser un buen espacio.

Los habitantes de calle siempre han vivido dispersos en la ciudad, especialmente en el centro porque prefieren zonas comerciales o industriales para reciclar y porque los molestan menos que en las zonas más residenciales, [...] También escogen nichos donde no los molestan y pernoctan una que otra noche en piezas que pagan por horas (La Favorita). En contraste, en las zonas residenciales, la comunidad reacciona y/o acude a las autoridades para evitar que se arraiguen (Garzón et al., 2017, p. 7).

Por este motivo, es necesario considerar que las personas en situación de calle pueden construir espacios (físicos y simbólicos) autosegregados, en los cuales se sienten menos sometidos a cargar con el estigma y discriminación que pesa sobre su forma de vida, y que les permiten también reforzar aquellos elementos que consideran positivos de la opción que han escogido, como no tener las mismas normas sociales que la mayoría, o no ser excluidos por comportamientos que pueden resultar chocantes en otros escenarios. Este último caso, el de los comportamientos que contravienen normas sociales, ha sido algo que las personas que inician su vida en calle por trastornos de salud mental han referido (Barrios, 2007). En la calle su “extraña” forma de comportarse no genera dificultades entre la población en situación de calle. Lo mismo ocurre con las personas que presentan un consumo problemático de sustancias psicoactivas.

Esos espacios autosegregados tienen además la característica de ser móviles y de que sus atributos dependen de la presencia de los individuos, así, las personas en situación de calle los pueden considerar habitables, seguros y auténticos, porque permiten comportamientos y prácticas que no responden a lo socialmente aceptado por la mayoría, sin que esos comportamientos conlleven el rechazo. Todo lo contrario, las prácticas y costumbres que se viven y se construyen en esos lugares se asumen como elementos que dan identidad de grupo, tal y como lo plantearon Elias y Scotson (2016), en 1965 para la comunidad de Wiston Parva, con relación a elementos como vivir por largo tiempo en el mismo lugar o haber llegado recientemente, existe un carisma de grupo construido en torno a esas dinámicas, que permite a las personas sentirse parte de una comunidad diferente a la de las personas que no habitan o frecuentan esos espacios, y en ese mismo sentido permiten la autosegregación. Incluso, en ocasiones se puede observar a las personas en situación de calle desarrollando sus rutinas, sin tener en cuenta nada de lo que ocurre a su alrededor, más que la adaptación u organización del espacio que se encuentran ocupando en ese momento, haciéndolo propio y privado mediante esas rutinas, aunque se desarrollen a la vista de quienes transitan por allí.

SEGREGACIÓN Y AUTOSEGREGACIÓN

El estudio sobre cómo funciona la segregación socio-espacial para las personas en situación de calle en Bogotá entre 2012 y 2019, conlleva retos importantes para las ciencias sociales, porque su atributo predominante no se refleja en una dimensión espacial, de servicios, o de movilidad en sentido clásico. Tampoco se puede asumir como el reflejo de la desigualdad plasmado en el espacio, puesto que es un fenómeno cuya interpretación es más compleja, y se puede ver al menos desde dos lugares, el de la segregación de la ciudadanía y la institucionalidad hacia las personas en situación de calle, y desde la autosegregación que ellas también practican.

La segregación que se presenta en los espacios ocupados temporal o permanentemente por población en situación de calle, se establece fundamentalmente desde las prácticas culturales de ellas y del resto de la ciudadanía, se trata a todas luces de la segregación socio-espacial a la que aluden Carman et al. (2013), puesto que dichos territorios se caracterizan por su identificación con lo metropolitano, lo público, por ser lugares de paso, o de contemplación, por pertenecer a todas las personas y a nadie en particular en tanto espacios públicos, y por contar con características muy anónimas, además, pueden estar ubicados en sectores de la ciudad privilegiados, o no.

Adicionalmente, existen varios elementos que señalan una voluntariedad de las personas en situación de calle de establecer distancia y diferencia con los demás individuos, y conferirle una identidad propia a esta forma de habitar, tales como la valoración que se hace de la libertad y de vivir sin reglas y en una fiesta permanente, y también hay un reconocimiento del papel activo que ha tenido para asumir esa forma de vida.

Para las personas en situación de calle de Bogotá durante la segunda década del siglo XXI, la segregación tiene un carácter eminentemente socio-espacial, que se estructura desde las prácticas, relaciones y sentidos sociales con las que se da el carácter de habitable a espacios urbanos que aparentemente no tienen ese atributo. La movilidad y fugacidad de ese habitar, permite imprimirle una dinámica distinta a la segregación, en el sentido en que no es el espacio el que segrega por sus atributos de consolidación identitaria que dan lugar a sus características (intereses políticos de reflejar una sociedad jerarquizada en el espacio, industrialización, desplazamiento rural/urbano, mercado del suelo, acceso a bienes y servicios, movilidad, entre otros), sino que habitarlo por parte de una persona habitante de la calle lo convierte en un espacio segregado, que puede estar en cualquier sector de la ciudad.

La lógica para entender esta segregación socio-espacial es distinta a cuando un proyecto de vivienda o de renovación urbana integra un espacio que anteriormente se consideraba segregado, que es uno de los ejemplos de la fragmentación urbana. Proyectos de vivienda para estratos socioeconómicos altos en sectores aledaños a estratos socioeconómicos bajos, muy característicos de Bogotá en las zonas donde hay presencia de los seis estratos sociales, donde las barreras y diferencias son de carácter físico como cerramientos, vigilancia, zonas comerciales al interior de los proyectos urbanísticos, pero también muy relacionados con prácticas culturales e interacciones como la asignación de precios a los bienes y servicios dotacionales para que no estén al alcance de todas las personas, exigir tarjetas de ingreso, establecer una forma de vestir en particular para acceder a algunos servicios, o desplazarse en automóvil particular, entre otras.

CONCLUSIÓN

La segregación de las personas en situación de calle incorpora elementos adicionales a los que tradicionalmente se utilizan para el análisis de cómo ciertos sectores de las ciudades y sus poblaciones se separan del resto, como una expresión de la desigualdad, y se homogenizan en función de características de exclusión. En el caso de las personas en situación de calle, la segregación no consiste solamente en un reflejo espacial de un mercado de vivienda excluyente y poco regulado, un acceso precario a bienes y servicios urbanos, una dificultad para la movilidad, una ubicación en periferias o en sectores centrales deteriorados, y una concepción de cercanía y lejanía o de barreras y accesos. En su caso, se trata fundamentalmente de cómo las dinámicas sociales y las prácticas culturales producen segregación, casi desde una lógica micro, en donde el factor mayor de segregación es el escenario en el que se produce, es decir, una combinación de tiempo, espacio, interacciones y búsqueda de identidad desde el anonimato, por paradójico que esto suene.

También cuestiona el considerar la segregación como producto de fuerzas externas al ciudadano, o simplemente como reflejo de una estructura de desigualdad social en el espacio, y permite considerar que en la segregación también puede haber una decisión del individuo que contribuye a construir una situación de desafiación socio-espacial que es considerada como deseable para quien toma la decisión, así los motivos por los cuales la considera deseable sean contrarios a lo que la sociedad concibe como deseable.

No quiero, al explicar que puede haber una voluntad que produce auto-segregación, defender la extrema exclusión en la que se encuentran las personas en situación de calle, pero sí su derecho de utilizar mecanismos para no ser asimiladas, o incluidas dentro que la opción de vida que la mayoría encuentra deseable.

La auto-segregación incluye dinámicas y prácticas para generar identidad y relación con un espacio que se mueve con el individuo, y cuyos atributos segregadores están dados por la presencia de las personas en situación de calle en ellos. En ese caso, los elementos como centro-periferia, lejos o cerca, más o menos servicios, barreras para la movilidad, y aquello que sea ubicable en un espacio geográfico, se convierte en secundario frente a la presencia de las personas y las prácticas y dinámicas del habitar.

Por lo anterior, considero que para la institucionalidad y para el desarrollo de investigaciones académicas orientadas a proponer intervenciones socio-espaciales para el bienestar de las personas en situación de calle, es necesario avanzar en el concepto de articulación social, más que en el de inclusión o integración, con el fin de dar voz a formas distintas de habitar la ciudad, y a proyectos de vida que no responden al modelo que acepta la mayoría, desde la garantía de los derechos.

En este sentido, considero imprescindible la continuación de la investigación de formas de segregación y fragmentación de las ciudades contemporáneas de grupos sociales que se han invisibilizado en este campo de análisis por cuestiones que parecen obvias, como el hecho de no tener una residencia o actividades que se consideran socialmente aceptadas. Cómo estudiar la segregación de poblaciones “flotantes”, resulta un propósito arduo porque obliga a abordar aspectos sutiles y poco evidentes. Además, en una ciudad como Bogotá, cuyas lógicas administrativas y de jerarquización del espacio se dan con base en la estratificación socioeconómica, las intervenciones orientadas a disminuir la segregación resultan de mayor complejidad para unas personas a quienes no se les puede asignar un estrato, y por tanto por fuera de la focalización de políticas, programas y servicios urbanos relacionados con vivienda soportados en los estratos; pero justo por eso es necesario construir nuevas formas de intervención que atiendan la realidad de esas poblaciones.

Las ciudades contemporáneas, en donde emergen diversidad de estilos de vida y una necesidad apremiante de evidenciar diferencias para construir identidad en megaurbes donde el anonimato es una posibilidad permanente, que puede ser deseada o no, y su constante fragmentación, obligan a abordar el tema de la segregación desde cómo se

origina la territorialización de los fragmentos por parte de estos grupos que quieren hacerse visibles en los microespacios urbanos, más allá de la desigualdad, y también cómo ese espacio, además de convertirse en un territorio, tiene la característica para los grupos fugaces en su habitar y móviles en sus sentidos de vida, de ser un escenario.

Considero que para futuros trabajos es necesario cuestionar la calle como un espacio indeseable para habitar, puesto que, no solo la desigualdad se expresa cuando las personas optan por esta forma de vida, también se enuncia la inconformidad e incapacidad de muchas personas de vivir en el marco de un parámetro que las normas sociales dictan que debe ser compartido por todos nosotros. Aunque resulte difícil de contradecir porque se considera incontrovertible, la lógica neoliberal y de sociedad de consumo, no puede ser el único parámetro posible para entender y construir la realidad, y estos grupos, de una forma que puede parecernos extrema, descarnada y casi inhumana nos lo ponen enfrente, en espacios ineludibles y claramente segregatorios porque su presencia en ellos les confiere ese atributo.

Es en este sentido en el que quiero plantear mi reflexión de cierre. Pareciera que el debate es entre segregación/integración, como dos opuestos de una realidad, tanto desde el punto de vista geográfico de la distribución del espacio, como desde el punto de vista sociológico de la ausencia de interacción entre grupos sociales. No obstante, es importante tener en cuenta que las fronteras físicas y sociales son representaciones sociales de cómo se concibe el afuera y el adentro, pero no existe una sola forma de ver esas dos situaciones, y por tanto determinar quiénes están afuera y adentro es una preocupación fundamentalmente de las políticas de gobierno con diversos fines, que pueden ir desde mantener ese afuera y adentro invariable, hasta pretender que todos estén adentro, que sería la máxima expresión de la integración. No obstante, las prácticas sociales permiten a las personas estar afuera y adentro desde la forma en la que viven e interactúan con el territorio, y en ocasiones las personas quieren controlar en qué espacios están afuera o adentro.

El análisis podría centrarse en cómo se articulan las personas en torno a las redes de intercambio político, social, económico y simbólico en la ciudad, y cómo se expresa esa articulación espacialmente en la conformación de un territorio. Considero que un análisis de estas características permitiría abordar con mayor complejidad la explicación de cómo se expresan las desigualdades y diferencias en las ciudades, teniendo en cuenta los factores determinantes macroestructurales, pero también la capacidad de las personas

de producir la ciudad de acuerdo con sus expectativas y necesidades, y lo dinámico de esa producción, una persona puede tener espacios de segregación positiva en los términos de Sabatini (2008), pero también espacios de segregación negativa en términos de Carman et al. (2008) si la pregunta es cómo se articula, no como está por fuera o por dentro.

Queda un amplio camino por recorrer desde las políticas para cerrar brechas, generar igualdad y propiciar bienestar para las personas en situación de calle y para construir y consolidar ciudades habitables y protectoras para todas las personas. Está visto que es necesario evitar desarrollar políticas soportadas en principios homogenizadores y desconocedores de que la exclusión y la segregación no son producidas solamente por la desigualdad. Los seres humanos somos complejos y diversos, y nuestra concepción de lo que integra y lo que no, también, es un reto, generar igualdad social desde la diversidad humana, para no reafirmar la justificación de buscar el bienestar de las personas, por encima de las personas.

Bibliografía

- ABRIC, J. C., *Prácticas sociales y representaciones*, México, Ediciones Coyoacán, 2001.
- ARTURO, J. y Muñoz, J., *¿Qué tanto hay de cultura y ciudadanía hay en Cultura Ciudadana?* Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2003.
- BÁEZ, J. et al., (2013). "Una propuesta para la concepción y abordaje del habitante de la calle desde una perspectiva psicoanalítica", en *Revista CES Psicología*, vol. 6, Nº 2, pp. 1-14, 2013.
- BARRIOS, M. et al., *Identificación, documentación y socialización de experiencias con habitantes de calle*, Bogotá, Ministerio de Protección Social, 2007.
- BORDIEU, P., *La distinción*, Madrid, Grupo Santillana de ediciones, 1998.

- CAMACHO, N. y Rodríguez, C., “Etnografía callejera: Una propuesta desde las calles de Bogotá, Colombia”, en *Civitas, Rev. Ciênc. Soc.*, vol. 19, Nº 1, 2019. Disponible en línea: <http://revistaseletronicas.pucrs.br/ojs/index.php/civitas/article/view/30910>
- CARMAN, M. et al., *Segregación y diferencia en la ciudad*, Quito, CLACSO, 2013.
- CASTAÑEDA, L. S. et al., “El proceso de resemantización de los términos parche y chimba en el parlache”, en *Literatura y Lingüístic*, vol. 39, pp. 175-198, 2010. Disponible en línea: <https://www.scielo.cl/pdf/lyl/n39/0716-5811-lyl-39-175.pdf>
- CASTELLS, M., *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza editorial, 1986.
- CORREA, M., “Para una nueva comprensión de las características y la atención social a los habitantes de calle”, en *Eleuthera*, vol. 1, pp. 91-102, 2007. Disponible en línea: http://eleuthera.ucaldas.edu.co/downloads/Revista1_6.pdf
- _____, “La otra ciudad - Otros sujetos: los habitantes de la calle”, en *Revista del Departamento de Trabajo Social*, vol. 9, pp. 37-56, 2007. Disponible en línea: <http://www.bdigital.unal.edu.co/14610/1/3-8511-PB.pdf>
- CORREA, M. et al., “Habitantes de la calle y tuberculosis: una realidad social en Medellín”, en *Eleuthera*, vol. 6, pp. 101-126, 2012. Disponible en línea: http://eleuthera.ucaldas.edu.co/downloads/Eleuthera6_8.pdf
- COSTA, M., “El estudio de las personas sin hogar en geografía. Un estado de la cuestión”, en *Anàl. Geogr.*, vol. 56, Nº 3, pp. 583-605, 2010. Disponible en línea: <https://ddd.uab.cat/pub/dag/02121573v56n3/02121573v56n3p583.pdf>
- COSACOV, N., *Construyendo un barrio de clase media: Narrativas, moralidades e identidades de clase media en disputas urbanas en un barrio de Buenos Aires*, Buenos Aires, Teseo, 2017, pp. 95-128.
- DAMMERT, M. et al., “La ciudad, espacio y reproducción de las desigualdades” en *Andamios*, Nº 19, enero-abril, 2019.
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (DANE), Censo de habitantes de la calle de Bogotá, 2017.

- DÍAZ, L., "Tensión en el espacio público: Los habitantes de calle entre la práctica y la institucionalidad", 2018. Disponible en línea: <http://repository.usta.edu.co/handle/11634/12540>
- DI VIRGILIO, M., "División social del trabajo y segregación residencial en ciudades de América Latina: Conceptos y efectos", Clase elaborada en el marco del seminario La dimensión territorial de las desigualdades en las ciudades de América Latina, 2018.
- _____, "Producción de la pobreza y políticas sociales: encuentros y desencuentros en urbanizaciones populares del área metropolitana de Buenos Aires", 2013. Disponible en línea: <http://equidadparalainfancia.org/wp-content/uploads/2013/06/DiVirgilio2011-CLACSOusar.pdf>
- DURKHEIM, E., *Lecciones de sociología*, Ediciones Elaleph.com, (s/f). Disponible en línea: www.refugiosociologico.blogspot.pdf
- ELIAS, N. y Scotson, J., (1965), *Establecidos y marginados*, España, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, *Desiguales, diferentes y desconectados, mapas de la interculturalidad*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.
- GARZÓN, J. C. et al., "Las revelaciones del Bronx Intervención de zonas de alta complejidad: Desafíos y alternativas", Serie Notas estratégicas 2, Bogotá, Fundación Ideas para la Paz, 2017.
- GOFFMAN, E., *Estigma: La identidad deteriorada*, España, Amorrortu Editores, 2009.
- GUTIÉRREZ, R., "Segregación urbana en Bogotá. Crítica al ordenamiento y control urbanístico en materia de construcción", en *Cuadernos de vivienda y urbanismo*, vol. 7, N° 13, enero-junio, pp. 68-83. doi:10.11144/Javeriana.CVU7-13.sueb
- HIGUERA, D., "Micro-segregación socioespacial o mezcla social en Bogotá" en *Ciudades, Estados y Política*, vol. 3, N° 1, pp. 27-46, 2016.
- JIRÓN, P y Mansilla, P., "Atravesando la espesura de la ciudad: vida cotidiana y barreras de accesibilidad de los habitantes de la periferia urbana de Santiago de Chile" en *Norte Grande*, N° 56, pp. 53-74, 2013. Disponible en línea: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022013000300004>

PARK, R., *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1999.

PUCHE, K., “Evolución de las clases sociales en Colombia”, 2020. Disponible en línea: <http://www.fundesarrollo.org.co/wp-content/uploads/2020/01/Estudio-de-la-evoluci%C3%B3n-de-las-clases-sociales-en-Colombia.pdf> consultado en junio de 2020.

QUINTERO PACHECO, L., “La exclusión social de ‘habitantes de la calle’ en Bogotá: una mirada desde la bioética”, en *Revista Colombiana de Bioética*, vol. 3, N° 1, pp. 101-144, 2008. Disponible en línea: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=189217248005>

REYGADAS, L., *La apropiación: destejendo las redes de la desigualdad*, México DF, Editorial Anthropos, 2008.

RUEDA, J., “El campo y la ciudad: Colombia, de país rural a país urbano”, en *Revista Credencial historia*, N° 119, 1999. Disponible en línea: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-119> consultada en junio de 2020.

SABATINI, F., “La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina”, *Serie Azul*, N° 35, 2003.

SABATINI, F. y Brain, I., “La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves”, en *EURE* (Santiago), vol. 34, N° 103, pp. 5-26, 2008. Disponible en línea: <https://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612008000300001>

SECRETARÍA DISTRITAL DE INTEGRACIÓN SOCIAL, Decreto 560 “Por medio del cual se adopta la Política Pública Distrital para el Fenómeno de Habitabilidad en Calle y se derogan los Decretos Distritales Nos 136 de 2005 y 170 de 2007”, Bogotá, Alcaldía Mayor, 2015.

SIERRA D. y Carrillo D., “Aproximación jurídica a la problemática de los Habitantes de la calle en Bogotá y algunas propuestas hacia su protección”, *Revista Temas Socio Jurídicos*, vol. 32, N° 64, pp. 89-103, 2013. Disponible en línea: <https://revistas.unab.edu.co/index.php/sociojuridico/article/view/1879>

TOVAR, M. et al., *Destapando la olla. Un informe sombra sobre el Bronx*, Bogotá, Impresol, 2017.

URIBE, C. et al., "Subsidiar y Segregar: la política de estratificación y sus efectos sobre la movilidad social en Bogota", en *Papel político*, vol. 11, N° 1, pp. 69-93, 2006.

WAQUANT, L., *Parias urbanos*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 2001.